Asignatura Historia de la filosofía moderna y contemporánea. Título Las nuevas perspectivas de la estética a partir de Nietzsche. Autor Antonio Monclús Estella. Día de grabación 8 de enero de 1980. Día de emisión 25 de marzo de 1980. En su obra Crepúsculo de los ídolos o Cómo se filosofa con el martillo, se pregunta Nietzsche, de nuevo, ¿qué significa la filosofía moderna? ¿Qué significan los conceptos antitéticos? Apolíneo y Dionisiaco. Introducción.

por él en la estética. Estos conceptos constituyen la base, en efecto, de lo que pudiéramos llamar la teoría estética de Nietzsche, al menos la base cronológica en sus investigaciones al respecto. Ya en la temprana obra El nacimiento de la tragedia los analiza y caracteriza. Comenzaba en esta obra afirmando que mucho se habrá ganado en la ciencia estética cuando se haya llegado no sólo a la intelección lógica, sino a la seguridad inmediata de la intuición de que el desarrollo del arte está ligado a la duplicidad de lo apolíneo y lo dionisiaco, de modo similar a como la generación depende de la dualidad de los sexos. En su teoría, el arte es un objeto de la creación, de la creación de la creación de la creación de la creación de la creación, de la creación de la creación de la creación, de la creación de la creación, de la creación de la creación, de la creación de la creación. En su teoría, el arte es un objeto de la creación, de la creación, de la creación y de la creación. Estos nombres son los que nos han dado la

los toma de los antiguos griegos, quienes para Nietzsche hacen inteligentemente perceptibles al hombre las profundas doctrinas secretas de su visión del arte, no ciertamente con conceptos, sino con las figuras incisivamente claras del mundo de sus dioses. Con sus dos divinidades artísticas, Apolo y Dionisos, se enlaza nuestro conocimiento de que en el mundo griego subsiste una enorme antítesis en cuanto a origen y metas dentro de las perspectivas del arte. Por un lado estaría el arte que proviene del escultor, un arte apolíneo. Por otro lado el arte que nace en y de la música, el arte de Dionisos. Para Nietzsche son también dos los instintos que hay en estas dos artes. Dos instintos en pugna casi permanente entre ellos y provocando la desigualdad.

y que están unidos mutuamente para engendrar nuevos frutos cada vez más vigorosos. Estos dos instintos en lucha, finalmente, por un milagroso acto metafísico de la voluntad helénica, se muestran apareados, dando a luz la obra de arte, a la vez dionisíaca y apolínea de la tragedia griega. Nietzsche piensa que el sueño y la embriaguez son dos fenómenos fisiológicos que muestran una antítesis paralela a la que se da entre lo apolíneo y lo dionisíaco. En el sueño fue donde, según Lucrecio, se presentaron por primera vez ante las almas de los hombres las espléndidas figuras de los dioses. Y en el sueño era donde el gran escultor, el gran escultor, veía la fascinante estructura corporal de seres sobrehumanos.

necesidad propia de la experiencia onírica fue expresada por los griegos en su Apolo, pues Apolo, en cuanto Dios de todas las fuerzas figurativas, de las representaciones oníricas, es a la vez el Dios vaticinador. Él, divinidad de la luz, domina también la bella apariencia del mundo interno de la fantasía. Pero en la imagen de Apolo no falta tampoco una mesurada limitación, un estar libre de las emociones más salvajes, una sabia serenidad del Dios escultor. Por otra parte, hay un enorme espanto, descrito ya por Schopenhauer, que se apodera del ser humano, cuando a éste le dejan perplejo de repente

las formas de conocimiento de la apariencia, porque parece que el principio de razón sufre de alguna manera una excepción. Pues bien, ese espanto y el éxtasis producido también por la misma infracción del principio individuo a Tionis, puede dar una idea de la esencia de lo dionisiaco. Dionisio, sea por el influjo de la bebida narcótica, de la que todos los hombres y pueblos antiguos hablan con himnos, sea por la aproximación de los ritos del cambio de estaciones a la llegada de la primavera, se despiertan una serie de emociones dionisiacas que si se intensifican, señala Nietzsche, lo subjetivo desaparece hasta llegar a la vida. La pérdida de la noción de sí.

olvido de sí mismo, como sucede, al menos en la analogía propuesta por Nietzsche, en la embriaguez. El carro de Dionisos está recubierto de flores y guirnaldas y bajo su yugo avanzan la pantera y el tigre. Nietzsche sugiere que se transforme el himno a la alegría de Beethoven en una pintura y que se libere la imaginación cuando los millones se postran estremecidos en el polvo, para que sea posible aproximarse a lo dionisiaco. El barro más noble, el mármol más precioso, son aquí amasados y tallados, escribe Nietzsche, el ser humano, y a los golpes de cincel del artista dionisiaco de los mundos resuena la llamada de los viejos misterios del Eusis.

Pues bien, esta combinación, Apolíneo-Dionisíaco, caracteriza el punto culminante del mundo griego Y supone además una revisión peculiar del filósofo alemán Ante una incidencia, a su juicio exagerada y llena de academicismo En centrar en lo Apolíneo el esquema oficial y aceptado de arte En la visión tradicional de la estética occidental La consideración del canon griego, de la belleza llamada clásica Como lo específico de Grecia y en cierto modo de la estética Queda profundamente negada No hay que olvidar que a Nietzsche le gustaba repetir la expresión Transvaloración de todos los valores O transmutación de todos los valores Para referirse a la

empresa que debía desarrollar el superhombre, a la misión de Zaratustra y, en fin, a sí mismo. Elocuentemente, en su exe homo, dice, transvaloración de todos los valores. Esta es mi fórmula para designar un acto de suprema autognosis de la humanidad, acto que en mí se ha hecho carne y genio. Originariamente, sólo Apolo es dios del arte en Grecia, recuerda Nietzsche volviendo a el nacimiento de la tragedia. Y su poder fue el que de tal forma moderó a Dionisos, que provenía de Asia irrumpiendo con fuerza, que pudo surgir así una alianza fraterna. Y en este punto es donde más fácilmente se capta el idealismo del ser helénico. Pues lo que entre los asiáticos fue un culto natural.

significando el más tosco desencadenamiento de los instintos inferiores, es decir, una vida animal panetérica que hace saltar todos los lazos sociales durante un tiempo determinado, queda convertido entre los griegos en una festividad de redención del mundo, en un sentido de transfiguración. Se trata, por tanto, de una sublimación de los impulsos orgiásticos, que van a entroncarse con la complicada trama de la tragedia y la catarsis. Luandrea Salomé señala en su estudio sobre Nietzsche que en Schopenhauer la contemplación estética está considerada como una mirada hacia el trasfondo metafísico de las cosas, hacia el mundo de las cosas en sí. Para ello es preciso, en primer lugar, que el mundo de las cosas sea un lugar de la contemplación estética, donde el alma se sumerja en la realidad.

en una especie de sueño nirvaniano, accesible sólo por el despojo, en la medida de lo posible, de los afectos terrestres. Pero en Nietzsche, en quien no hay trasfondo metafísico y

en el que, al revés, se trata más bien de crear un equivalente de ello en el centro de la superabundancia de las energías de la Tierra, las condiciones psíquicas requeridas son las inversas. Es decir, la belleza tiene por misión estimular en el hombre la voluntad de vivir. Sin embargo, al igual que en Schopenhauer, lo supraterrestre es el resultado de la destrucción ascética de lo terrestre. En Nietzsche no es posible esa especie de desbordamiento vital más que como consecuencia de la destrucción de lo humano.

por la vía y en aras de la desmesura. Curiosamente, encontramos aquí el hilo, tal vez imperceptible para el propio Nietzsche, de unión con Schopenhauer, en cuanto a sus dos esquemas estéticos se refiere. Solamente penetran el uno y el otro en la beatitud de sus respectivas místicas a través de la tragedia. Pues la vida, como algo que siempre tiene que superarse a sí misma, hace de la destrucción la condición previa de creaciones siempre más elevadas. Por eso, al volver a tratar el tema en el crepúsculo de los ídolos, la obra con la que comenzamos.

analizábamos el presente análisis, Nietzsche, a juicio de esta estudiosa, ya no piensa que la tragedia es el camino para la liberación del pesimismo de los griegos, a través de una catarsis que les devolvía la paz para poder contemplarlo a Polinio. Ahora, Nietzsche descubre que el instinto helénico tenía una profunda sed de vida, y por ello se hundía en el estado dionisíaco a través de una embriaguez presentida como acto creador de la propia vida, que agita el frenesí y el dolor para que surja la luz y la divinidad. Al buscar la luz, el instinto helénico se desvanece, y el instinto helénico se desvanece. Buscar la superabundancia inagotable de la vida en el seno del dolor, en el seno de la muerte,

y en el corazón del caos. De este modo, las nuevas perspectivas de la estética que Nietzsche quiere plantear parten del redescubrimiento y de la relectura hecha por él del espíritu de la tragedia griega. Para prolongarse, después, a través de su complicado pensamiento, en la constante búsqueda de la vida. En lo que ha hecho, precisamente, de Nietzsche, un típico y apasionado exponente de esa corriente filosófica que, con una desigual acepción, para quienes en ella son enmarcados, llamamos vitalismo.